

carga en doce tiempos. Sin embargo, dada ya la voz de *¡preparen!* creyó deber volverse por última vez hacia el comisario. Entonces, un murmullo de compasión circuló entre los espectadores; pero el comisario de policía, que había sido molestado en medio de su desayuno, fué inexorable y extendió la mano en señal de mando.

—¡Fuego! mandó el cabo.

Los soldados obedecieron, y el desgraciado Tom cayó atravesado por ocho balas.

En este momento, Alejandro Decamps entraba con una carta del señor Cuvier, que abría á Tom las puertas del Jardín de Plantas, y que le aseguraba la sucesión de *Martin*.

CAPÍTULO IX

De cómo el capitán Pánfilo reprimió una sedición á bordo del bergantín *La Rochelana*, y lo que de ello se siguió.

Tom era originario del Canadá; pertenecía á esa raza herbívora, habitualmente circunscrita en las montañas situadas entre Nueva York y el lago Ontario, y que en el invierno, cuando la nieve la arroja de sus picos helados, se arriesga á bajar algunas veces por bandas famélicas hasta los arrabales de Portland y de Boston.

Ahora, si nuestros lectores desean saber cómo Tom, de las orillas del río San Lorenzo había pasado á las orillas del Sena, habrán de tener la amabilidad de transportarse mentalmente á fines del año 1829 y seguirnos hasta la extremidad del océano Atlántico, entre la Islandia y la punta del cabo Farewell. Ahí les enseñaremos, caminando con ese andar honesto que ya le conocen, el bergantín de nuestro antiguo amigo el capitán Pánfilo, que, en derrota esta vez á su gusto por Oriente, ha remontado hacia el polo, no para ir á buscar allí, como Ross ó

Parry, un paso entre la isla Melvil y la tierra de Banks, sino con un fin más útil y sobre todo más lucrativo: el capitán Pánfilo, teniendo dos años todavía de espera para que su marfil estuviese preparado, quería aprovecharlos para ensayar de naturalizar en los mares del Norte el sistema de cambio que le hemos visto practicar con tanto éxito en el archipiélago indico. Este teatro de sus antiguas explotaciones se hacía ya estéril, á causa de sus frecuentes coloquios con los navíos en crucero bajo esas latitudes, y, por otra parte, sentía también necesidad de cambiar de aires. Sólo que esta vez, en lugar de buscar drogas ó té, era el aceite de ballena en lo que el capitán Pánfilo se había propuesto negociar.

Dado el carácter de nuestro bravo filibustero, se comprende que no se hubiese entretenido en reclutar su tripulación entre marineros balleneros, ni en surtir su navío de chalupas, cuerdas y arpones. Contentóse con visitar, en el momento de hacerse á la mar, los pedreros, los obuses y la pieza de á ocho que, como hemos dicho, le servían de lastre; pasó revista de inspección á los fusiles é hizo afilar los sables de abordaje; se pertrechó de víveres para seis semanas, franqueó el estrecho de Gibraltar, y hacia el mes de septiembre, en el momento en que la pesca estaba en plena actividad, había llegado á los 60° de latitud, empezando *incontinenti* á ejercer su industria.

Como hemos visto ya, el capitán Pánfilo era muy amigo y amante de la labor hecha. También lo era particularmente de los buques que por su marcha reconocía hallarse convenientemente car-

gados, y á los que se dirigía con preferencia. Sabemos cuál era su manera de tratar en esas circunstancias delicadas; él no había embarcado ninguna mercancía para los cambios, á pesar de la diferencia de las localidades; es inútil, por tanto, nombrarlas á nuestros lectores; nos contentaremos, en su consecuencia, con darle conocimiento de su buena salida. Sólo iba provisto de una cincuenta, todo lo más, de toneles vacíos, cuando, al pasar á la altura del banco de Terranova, la casualidad hizo que encontrase un buque que volvía de la pesca del bacalao. El capitán Pánfilo, no obstante dedicarse á las grandes especulaciones, no despreciaba nunca, como hemos visto ya, las pequeñas. No se descuidó, pues, en esta ocasión, de completar su cargamento. Los cincuenta toneles vacíos pasaron á bordo del barco de pesca, que, en cambio, se dió el placer de enviar al capitán Pánfilo cincuenta toneles llenos. Policar hizo la observación de que los toneles llenos tenían tres pulgadas de altura menos que los toneles vacíos, pero el capitán Pánfilo quiso pasar por esta irregularidad, en atención á que el bacalao acababa de ser salado la víspera; únicamente examinó los toneles uno tras otro, para asegurarse de que el pescado era de buena calidad; después, haciéndolos clavar convenientemente, ordenó que se les transportara al fondo del sollado, á excepción de uno solo que guardó para su uso particular.

Por la noche, el doctor bajó á su camarote en el momento que iba á ponerse á la mesa. Venía á pedirle, en nombre de la tripulación,

les cediera tres ó cuatro toneles de bacalao fresco. Desde hacía un mes, los víveres estaban agotados, y los marineros no comían más que tajadas de ballena y costillas de foca. El capitán preguntó al doctor si las provisiones faltaban; el doctor contestó que él tenía aún cierta cantidad de las que acabamos de nombrar, pero que esta clase de alimento, execrable siendo fresco, no mejoraba en manera alguna con la salazón.

El capitán Pánfilo replicó que lo sentía mucho, pero que tenía precisamente, de la casa Beda y compañía, de Marsella, un pedido de cuarenta y nueve toneles de bacalao salado, y no podía faltar á la palabra empeñada, añadiendo que si su tripulación quería bacalao fresco, podía pescarlo, ya que era perfectamente libre y él no se opondría en manera alguna.

El doctor salió.

Al cabo de diez minutos, el capitán Pánfilo oyó un gran ruido sobre la cubierta de *La Rochelana*.

Varias voces gritaban:

—¡Á las armas! ¡á las armas!

Y un marinero gritó:

—¡Viva Policar! ¡abajo el capitán Pánfilo!

El capitán pensó que era tiempo aún de presentarse. Abandonó la mesa, puso un par de pistolas en su cintura, encendió su *quema-gaznates*, lo cual no hacía más que en las grandes tempestades, tomó una especie de látigo de honor, confeccionado con un cuidado particular, del que no se servía más que en las circunstancias memorables, y subió al puente. Se había declarado un motín.

El capitán Pánfilo avanzó por en medio de la tripulación, dividida en grupos, mirando á derecha é izquierda para ver si habría entre todos aquellos hombres un insolente que osara dirigirle la palabra. Para un extraño, el capitán Pánfilo habríale parecido estar haciendo una ronda ordinaria; pero para la tripulación de *La Rochelana*, que le conocía de larga fecha, era otra cosa. Se sabía que el capitán Pánfilo jamás estaba tan cerca de estallar como cuando no decía una palabra, y, por el momento, había adoptado un silencio pavoroso. Al fin, después de haber dado dos ó tres vueltas, se detuvo delante de su lugar-teniente, que parecía, como los demás, no ser extraño á la revuelta.

—¡Policar! mi valiente Policar, preguntóle, ¿podéis decirme qué viento reina?

—Pero, capitán, dijo Policar, el viento es... ¿Decís... el viento?

—Sí, el viento... ¿de qué parte sopla?

—Á fe mía, no lo sé, contestó Policar.

—Pues bien, yo voy á deciroslo.

Y el capitán Pánfilo examinó con gravedad imperturbable el cielo, que estaba sombrío; después, extendiendo la mano en la dirección de la brisa, silbó según la costumbre de los marineros; por último, volviéndose hacia su segundo, dijo:

—Sí, mi bravo Policar, yo quiero deciroslo: el viento viene de allí donde se da á la gente carreras de baqueta.

—Me lo sospechaba, dijo Policar.

—Y ahora, mi valiente Policar, ¿queréis hacerme el favor de decirme lo que va á caer?

—¿Lo que va á caer?

—Sí, como una granizada.

—Á fe mía, no lo sé, dijo Policar.

—Pues bien; muchos golpes de mojel, amigo mío, un chaparrón de golpes de mojel. Así, pues, Policar, mi camarada, si tienes miedo á la lluvia, entra vivamente en tu camarote y no salgas hasta que yo te lo diga, ¿entiendes bien, Policar?

—Comprendo, capitán, dijo Policar bajando la escalera.

—Este muchacho tiene muy clara la inteligencia, agregó el capitán Pánfilo.

Después dió otros dos ó tres paseos sobre el puente y se detuvo delante del maestro carpintero, que tenía entre sus manos una pica.

—Buenos días, Jorge, le dijo el capitán; ¿qué juguete es ese, amigo mío?

—Capitán... balbuceó el carpintero, Dios me perdone, es mi junco de sacudir la ropa.

El carpintero dejó caer la pica; el capitán la recogió y la partió en dos, como hubiese podido hacer con una varilla de sauce.

—Ya veo lo que es, continuó diciendo el capitán Pánfilo; querías sacudir el polvo á tus vestidos. ¡Bien, amigo mío, bien! la limpieza es una semi virtud, como dicen los italianos.

É hizo seña á dos ayudantes de que se aproximan.

—Venid aquí, vosotros; tomad cada uno esta bengala, y sacudid firme sobre los vestidos de este pobre Jorge; y tú, Jorge, amigo mío, deja el cuerpo debajo, yo te lo ruego.

—¿Cuántos golpes, capitán? preguntaron.

—Veinticinco cada uno.

La ejecución empezó, operando los dos ayudantes, cada uno á su vez, con la regularidad de los pastores de Virgilio: el capitán contaba los golpes. Al décimotercero, Jorge se desmayó.

—Está bien, dijo el capitán, llevadle á su hamaca. Se le dará el resto mañana: á cada cual su merecido.

Obedecióse al capitán, el cual se puso á dar otros tres paseos por el puente y, por último, se detuvo una última vez cerca del marinero que había gritado: «¡Viva Policar! ¡Abajo el capitán Pánfilo!»

—Y bien, le dijo, ¿cómo va esa bonita voz, mi querido Cayetano?

Cayetano quiso contestar; pero, por más esfuerzos que hizo, no salieron de su garganta más que sonidos inarticulados.

—¡Imbécil! exclamó el capitán, estamos, por lo visto, afónicos... Cayetano, hijo mío, esto es peligroso si no se le pone pronto remedio. Doctor, envíeme cuatro números.

El doctor designó cuatro hombres, que se aproximaron á Cayetano.

—Venid aquí, amores míos, dijo el capitán, y obedeced mis órdenes: vais á coger una cuerda, la sujetaréis á una polea, pasaréis uno de los cabos, á guisa de corbata, alrededor del cuello de este honrado muchacho, y tiraréis del otro cabo hasta que hayáis elevado á nuestro hombre á una altura de treinta pies: le dejaréis diez minutos, y cuando le bajéis hablará como una garza y silbará como un estornino... ¡Pronto á la faena, amores míos!

La ejecución comenzó en silencio y se cumplió punto por punto sin que un solo murmullo se dejase oír. El capitán Pánfilo prestó á ella una tan grande atención, que dejó apagar su pipa.

Diez minutos después, el cadáver del marinero rebelde caía sobre el puente sin movimiento. El doctor se aproximó á él y se aseguró de que estaba bien muerto; entonces se le ató una bala al cuello y dos á los pies, y se le arrojó al mar.

—Ahora, dijo el capitán Pánfilo tirando de su pipa apagada entre sus labios, id á encenderme todos juntos la pipa, y que uno solo me la traiga.

El marinero más próximo al capitán tomó, con las mayores muestras del más profundo respeto, la venerable reliquia que le presentaba su superior, y bajó la escalera del entrepuente, seguido de toda la tripulación, dejando al capitán á solas con el doctor. Al cabo de un instante, Doble-Boca apareció, llevando la pipa encendida.

—¡Ah! ¡eres tú, bandido! dijo el capitán. Vamos á ver, ¿qué hacías tú mientras mi honrada gente se paseaba sobre el puente platicando acerca de sus negocios? Responde, canalla.

—Por mi fe, contestó Doble Boca viendo en el aire del capitán que nada tenía qué temer, mojaba mi pan en el puchero para ver si el potaje estaba bueno y mis dedos en la cacerola para asegurarme de que la salsa estaba bien de sal.

—Pues bien, perillán, aparta el mejor caldo del puchero y la mejor tajada de la cacerola, y

haz con el resto la sopa á mi perro; cuanto á los marineros, comerán pan seco y beberán agua pura durante tres días: esto les preservará del escorbuto. Vamos á comer, doctor.

Y el capitán bajó á su camarote, hizo servir un cubierto para su convidado, y se puso á comer bacalao fresco como si nada hubiese pasado entre el primero y el segundo plato.

Al levantarse de la mesa, el capitán volvió á subir al puente para hacer su inspección de la noche; todo estaba en el más perfecto orden: el marinero de guardia en su puesto, el piloto en su gobernalle, y el vigía en su mastelero. El bergantín marchaba á toda vela, y hacía bravamente sus ocho nudos por hora, teniendo á su izquierda el banco de Terranova, y á su derecha el golfo de San Lorenzo; el viento soplaba de oeste noroeste, y prometía aguantarse, de suerte que el capitán Pánfilo, después de un día borrascoso, contando con una noche tranquila, bajó á su camarote, quitóse sus vestidos, encendió su pipa y se puso á la ventana, siguiendo con la vista tan pronto el humo del tabaco como la estela del buque.

El capitán Pánfilo, como ya se ha podido comprender, tenía más originalidad de espíritu que poesía y sentido pintoresco en la imaginación; sin embargo, como verdadero marino que era, no podía ver la luna brillante, en medio de una hermosa noche, argentear las olas del océano sin abandonarse á ese ensimismamiento simpático que experimentan todos los hombres de mar hacia el elemento en que viven. Había quedado, pues, pensativo, desde hacia poco más

ó menos dos horas, con el cuerpo medio fuera de la ventana, no oyendo más que el embate de las olas, no viendo más que la punta de San Juan, que desaparecía en las lejanías del horizonte como un vapor marino, cuando se sintió vigorosamente asido por el cuello de su camisa y por la culera de sus calzones: al mismo tiempo, las dos manos que se permitían esta familiaridad procedieron á operar un movimiento de báscula, la una oprimiéndole y la otra elevándole por el aire, de suerte que los pies del capitán Pánfilo, abandonando la tierra, se encontraron inmediatamente más elevados que la cabeza.

El capitán quiso pedir auxilio, pero ya no era tiempo; en el momento en que abría la boca, la persona que hacía con él aquella extraña experiencia, habiendo visto que el cuerpo había llegado al grado de inclinación que él deseaba darle, soltó á un tiempo el pantalón y el cuello, de suerte que el capitán Pánfilo, obedeciendo á su pesar las leyes del equilibrio y de la gravedad, quedó en posición casi vertical, y desapareció en la estela de *La Rochelana*, que continuó su ruta, graciosa y rápida, sin darse cuenta de que hubiese quedado huérfano de su capitán.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, como el capitán Pánfilo, contra su costumbre, no hubiera dado aún su paseo por el puente, el doctor entró en su camarote y lo encontró vacío. Al instante se esparció el rumor, por entre la tripulación de que el capitán había desaparecido. El mando del buque correspondía de derecho á su lugarteniente; se fué, en su consecuencia, á buscar á Policar á su camarote, donde guardaba

religiosamente su arresto, y se le proclamó capitán.

El primer acto de poder del nuevo jefe fué hacer distribuir á cada hombre una porción de bacalao, dos raciones de aguardiente, y hacer gracia á Jorge de los veinte golpes de mojel que le quedaban por recibir.

Tres días después del acontecimiento que acabamos de relatar, no se hablaba ya del capitán Pánfilo á bordo del bergantín *La Rochelana*, como si este digno marino no hubiese jamás existido.

CAPÍTULO X

De cómo el capitán Pánfilo, creyendo abordar á una isla, abordó sobre una ballena, y vino á ser el criado de *Serpiente Negra*.

Cuando el capitán Pánfilo salió á flor de agua, el bergantín *La Rochelana* estaba ya fuera del alcance de la voz, por lo cual juzgó por demás fatigarse gritando; empezó por orientarse para ver qué tierra era la más próxima, y habiendo advertido que ésta debía ser la del cabo Bretón, se dirigió hacia él guiándose por la estrella polar, que mantenía cuidadosamente á su derecha.

El capitán Pánfilo nadaba como una foca, no obstante lo cual, al cabo de cuatro ó cinco horas de este ejercicio, empezaba á serle un poco fatigoso; por otra parte, el cielo se cubría, y el fanal que dirigía su marcha había desaparecido, por lo que pensó que no haría mal en tomar algún reposo. En su consecuencia, cesó de nadar á brazo, y empezó á hacer la plancha.

Una hora próximamente se mantuvo en esta posición, no haciendo otro movimiento que el

estrictamente necesario para mantenerse á flor de agua, y viendo eclipsarse, una después de otra, todas las estrellas del cielo.

Por mucha filosofía que tuviese el capitán Pánfilo, se comprende que su posición era poco recreativa; conocía á maravilla la situación de las costas, y sabía que debía estar aún á tres ó cuatro leguas de tierra. Sintiendo, pues, sus fuerzas algún tanto repuestas por el reposo momentáneo que había tomado, acababa de volver á ponerse á nadar con nuevo ardor, cuando observó, á algunos pasos delante de él, una superficie negra que no había podido distinguir más pronto, tan obscura estaba la noche. El capitán Pánfilo creyó que sería algún islote ó alguna roca olvidada por los navegantes y geógrafos, y se dirigió á ese lado. Bien pronto la alcanzó, pero costóle grandes esfuerzos tomar tierra, tan resbaladiza se hallaba la superficie del suelo, lavada incesantemente por las olas; llegó á conseguirlo, al fin, tras grandes fatigas, y se encontró sobre una pequeña isla combada, de veinte á veinticinco pasos de longitud y elevada unos diez pies próximamente sobre la superficie del agua; estaba completamente inhabitada.

Muy luego hubo dado la vuelta el capitán Pánfilo á su nuevo dominio; estaba desnudo de toda vegetación y era estéril, á excepción de una especie de árbol del grueso de un mango de escoba, de ocho ó diez pies de largo y enteramente desprovisto de ramas y hojas, y de algunas hierbas mojadas todavía, que indicaban que, en las grandes mareas, las olas debían cubrir enteramente la roca.

El capitán Pánfilo atribuyó esta circunstancia al olvido increíble de los geógrafos, y se prometió, á su regreso á Francia, dirigir á la Sociedad de viajes una memoria científica en la que revelaría el error de sus antepasados.

Entregado se hallaba á la meditación de sus planes y proyectos, cuando creyó oír hablar á alguna distancia de él. Miró por todos lados; pero, como hemos dicho ya, la noche era tan oscura, que nada pudo percibir. Escuchó de nuevo, y esta vez distinguió perfectamente el sonido de varias voces. Aunque las palabras llegaban á él ininteligibles, el capitán tuvo, de pronto, la idea de llamar y pedir auxilio; pero no sabiendo si los que se aproximaban en la obscuridad eran amigos ó enemigos, resolvió esperar los acontecimientos. En todo caso, pensó, la isla á la que había abordado no estaba muy lejos de tierra, y en el golfo tan frecuentado de San Lorenzo no podía temer el morir de hambre. Resolvió, pues, mantenerse quedó hasta la llegada del día, á menos que no fuese descubierto; á consecuencia de esta resolución ganó la extremidad de la isla más alejada del punto en que había creído oír hablar á seres humanos, á los que, en ciertas circunstancias, teme el hombre todavía más que al rugido de las bestias feroces.

Habíase restablecido el silencio, y el capitán Pánfilo empezaba á creer que todo pasaría sin estorbo, cuando sintió moverse el suelo bajo sus pies. Su primera idea fué la de un temblor de tierra; pero en toda la extensión de la isla no había notado la presencia de la menor montaña con apariencias de volcán; acordóse entonces de

lo que había oído contar á menudo acerca de las formaciones submarinas que aparecen de repente en la superficie de las aguas y que permanecen algunas veces días, meses y años, dando á las colonias tiempo de establecerse, de hacer sus siembras y de construir sus cabañas, y que de momento, á una hora dada, destruidas de igual modo que se formaron, sin causa aparente, desaparecen de pronto, arrastrando con ellas la demasiado confiada población que allí se había establecido.

Pero, en todo caso, como el capitán Pánfilo no había tenido tiempo de sembrar ni de edificar, y no tenía que temer por su trigo ni por sus casas, se preparó á continuar su excursión á nado, demasiado afortunado aún con que su milagrosa isla hubiese aparecido en la superficie del mar á tiempo para que él hubiera podido descansar en ella. Estaba, pues, perfectamente resignado á la voluntad de Dios, cuando, con gran asombro, advirtió que el terreno, en vez de hundirse, parecía andar hacia adelante, trazando tras sí una estela á la manera de la popa de un navío.

El capitán Pánfilo estaba sobre una isla flotante: el prodigio de Latone se renovaba para él, y navegaba sobre alguna Delos desconocida, hacia las riberas del nuevo mundo.

Eran tantas las cosas que el capitán Pánfilo había visto en el curso de su vida nómada y aventurera, que no era hombre de asombrarse por tan poco; fijóse tan sólo en que su isla, con una inteligencia que no se hubiera atrevido jamás á exigir de ella, se dirigía directamente hacia la punta septentrional del cabo Bretón. Como

no tenía predilección por una punta más que por la otra, resolvió no contrariarla y dejarla ir tranquilamente donde mejor le pareciera, aprovechando la feliz circunstancia para caminar con ella. Pero, como la naturaleza resbaladiza del terreno se había hecho más peligrosa todavía con el movimiento, el capitán Pánfilo, aunque tuviese el pie marino, no pudo subir ya á la región elevada de la isla, y, sosteniéndose en el árbol aislado y sin follaje que parecía marcar el centro, esperó los acontecimientos con paciencia y resignación.

Sin embargo, el capitán Pánfilo, que era, como se comprenderá fácilmente, todo ojos y oídos, en los intervalos menos oscuros en que el viento, empujando una nube, dejaba brillar una estrella como un diamante del aderezo celeste, creía columbrar, parecido á un punto negro, una pequeña isla que servía de guía á la grande, marchando á la distancia de cincuenta pasos de ella, poco más ó menos, y, cuando la onda que acababa de batir los flancos de su dominio era menos ruidosa, aquellas mismas voces que había oído antes, tornaban de nuevo á sentirse, llevadas por un soplo de brisa, inciertas é ininteligibles como el murmullo de los espíritus del mar.

Hasta que el crepúsculo comenzó á aparecer en oriente, el capitán Pánfilo no empezó á orientarse por completo, asombrándose entonces de que, con la inteligencia que se había adjudicado á sí mismo, no se hubiese dado cuenta más pronto de su situación. La isleta que iba delante era una barca tripulada por seis salvajes canadienses; la isla grande sobre la que él iba, una ballena que los antiguos aliados de Francia lle-

vaban á remolque, y el árbol desprovisto de ramas y de hojas en el cual se apoyaba, el arpón que había dado muerte al gigante de los mares, y que, penetrando en la herida hasta la profundidad de cuatro ó cinco pies, salía aún otros ocho ó nueve por el dorso del cetáceo.

Los hurones, por su parte, al ver la doble captura que habían hecho, dejaron escapar una exclamación de sorpresa. Pero, juzgando en seguida que estaba por debajo de la dignidad del hombre el parecer asombrado de alguna cosa, continuaron remando silenciosamente hacia tierra sin ocuparse más del capitán Pánfilo, quien, viendo que los salvajes, á pesar de su aparente indiferencia, no le perdían de vista, afectó la mayor tranquilidad de espíritu, cualquiera que fuese la preocupación real que le inspiraba su extraña situación.

Cuando la ballena arribó á un cuarto de legua aproximadamente de la extremidad norte del cabo Bretón, la chalupa se detuvo; pero el enorme cetáceo, siguiendo el movimiento de impulsión que se le había dado, se aproximó insensiblemente al pequeño barco, al que concluyó por alcanzar. Entonces, el que parecía jefe de la tripulación, bizarro mocetón de cinco pies y ocho pulgadas, pintarrajado de azul y encarnado, con una serpiente negra tatuada sobre el pecho y que llevaba sobre su cabeza rapada una cola del pájaro del paraíso, introducida en el único mechón que había conservado de su cabellera, colocó un gran cuchillo en su taparrabo, tomó su *tomahaw* en su mano derecha, y avanzó lentamente y con dignidad hacia el capitán Pánfilo.

Éste que, por su parte, había visto á todos los salvajes del mundo, desde los que bajan por la Courtille en la mañana del miércoles de ceniza, hasta los de las islas Sandwich, que asesinaron traidoramente al capitán Cook, dejóle tranquilamente acercarse sin prestarle, al parecer, la menor atención.

Cuando llegó á tres pasos de distancia del europeo, el hurón se detuvo y miró fijamente al capitán Pánfilo: éste, decidido á no retroceder ni un palmo, miró á su vez al hurón con la misma calma y la misma tranquilidad que aquél afectaba. Por fin, después de diez minutos de inspección recíproca:

—La Serpiente Negra es un gran jefe, dijo el hurón.

—Pánfilo de Marsella es un gran capitán, dijo el provenzal.

—Y ¿por qué, hermano mío, continuó el hurón, ha abandonado su buque para embarcarse sobre la ballena del Serpiente Negra?

—Porque, respondió el capitán Pánfilo, su tripulación lo ha arrojado al mar, y, fatigado de nadar, ha descansado sobre el primer objeto que ha encontrado, sin inquietarse en saber á quién pertenecía.

—Está bien, dijo el hurón; el Serpiente Negra es un gran jefe, y el capitán Pánfilo será su servidor.

—Repíte otra vez lo que acabas de decir, interrumpió el capitán con aire truhanesco.

—Digo, repuso el hurón, que el capitán Pánfilo remarará en la barca del Serpiente Negra cuando estará en el mar, llevará su tienda de corteza

de abedul cuando viaje por tierra, encenderá su fuego cuando haga frío, aseará las moscas cuando haga calor y remendará sus *mocassins* cuando estuvieren usados; en cambio de esto, el Serpiente Negra dará al capitán Pánfilo las sobras de su comida y las viejas pieles de castor de que no pueda ya servirse.

—¡Ah! ¡ah! replicó el capitán, ¿y si esos tratos no agradaran á Pánfilo y Pánfilo los rehusase?

—Entonces Serpiente Negra arrancaría la ballena de Pánfilo y la colgaría de su puerta con las de siete ingleses, nueve españoles y once franceses que lo están ya.

—Está bien, dijo el capitán al ver que no era el más fuerte; el Serpiente Negra es un gran jefe, y Pánfilo será su servidor.

Á estas palabras, el jefe de los hurones hizo una seña á su gente, que desembarcó á su vez sobre la ballena y rodeó al capitán Pánfilo. El jefe dijo algunas palabras á sus hombres, y éstos transportaron en seguida sobre el animal varias pequeñas cajas, un castor, dos ó tres pájaros que habían matado á flechazos, y todo lo que es necesario para encender fuego. Después, el Serpiente Negra bajó á la piragua, cogió un remo en cada mano y se puso á remar en dirección de tierra.

El capitán quedó ocupado en mirar con gran atención alejarse al gran jefe, admirando la rapidez con que la pequeña canoa se deslizaba sobre el agua, cuando tres hurones se aproximaron á él; el uno le despojó de su corbata, el otro le quitó la camisa, y el tercero le desembarazó del pantalón, en el cual llevaba su reloj; después

otros dos les sucedieron, llevando el uno una navaja y el otro una especie de paleta compuesta de pequeñas conchas llenas de color amarillo, rojo y azul; hicieron señas al capitán Pánfilo para que se echara al suelo, y mientras el resto de la tripulación encendía el fuego como lo hubiera podido hacer sobre una isla verdadera, desplumaba los pájaros y desollaba al castor, ambos procedieron á la *toilette* de su nuevo camarada: uno de ellos le rasuró la cabeza, á excepción del mechón de cabellos que los salvajes tienen costumbre de conservar; el otro le pasó su pincel, impregnado de diferentes colores, por todo el cuerpo y lo pintó á la última moda adoptada por los elegantes del río Outava y del lago Hurón.

Terminada esta primera operación, los dos ayudas de cámara del capitán Pánfilo fueron á recoger, el uno un puñado de plumas arrancadas de la cola del *wipp-poorwill* que en aquel momento se soflamaba, y el otro la piel del castor que comenzaba á asarse; y volviendo al lado de su víctima, le fijaron el puñado de plumas en el único mechón que quedaba de su cabellera y le ataron la piel del castor alrededor de los riñones. Terminada esta segunda operación, uno de los hurones presentó un pequeño espejo al capitán Pánfilo... ¡estaba horrible!

Durante ese tiempo, el Serpiente Negra había ganado tierra y encaminándose hacia una habitación bastante grande que á lo lejos se veía blanquear á orillas del mar: al poco rato vio-sele salir acompañado de un hombre vestido á la europea, y por sus gestos podía juzgarse que

el hijo del desierto explicaba al hombre civilizado la captura que había hecho en plena mar y conducido durante la noche á la costa.

Al cabo de breves instantes, el habitante del cabo Bretón subía á su vez en una barca con dos esclavos, remaba hacia la ballena, daba una vuelta en derredor de ésta á fin de reconocerla, pero sin abordarla, y después de haberse probablemente convencido de que el hurón le había dicho la verdad, tornó á hacer el mismo camino, yendo hacia donde el jefe le esperaba sentado é inmóvil.

Minutos después, los esclavos del hombre blanco trajeron diferentes objetos que el capitán Pánfilo no pudo distinguir á causa de la distancia, embarcándolos en la piragua del hombre rojo: el jefe hurón volvió á empuñar los remos y se puso á bogar de nuevo hacia la isla provisional, donde le esperaban su tripulación y el capitán Pánfilo.

Abordó en el momento en que el castor y los *wipp-poorwill* estaban cocidos y á punto, comióse la cola del castor y las alas de los pájaros, y, según los platos hechos, dió el resto de su comida á sus servidores, entre los cuales pareció encantado de encontrar al capitán Pánfilo.

Entonces los hurones le presentaron el botín hecho sobre su prisionero, á fin de que escogiese como jefe, entre los despojos ópimos, los que mejor le pluguieran.

Serpiente Negra examinó con bastante desdén la corbata, la camisa y el pantalón del capitán; pero, en cambio, prestó particularísima atención al reloj, del cual es evidente que no cono-

cia el uso; sin embargo, después de haberle vuelto y revuelto en todos sentidos, suspendido por la pequeña cadena y balanceado á derecha é izquierda, convencido de que tenía que haberse-las con un ser animado, lo llevó á su oreja, escuchó con atención el movimiento, lo volvió y revolvió todavía para tratar de descubrir su mecanismo, puso una mano sobre su corazón, mientras que con la otra volvía á llevar una segunda vez el cronómetro á su oreja; y bien seguro, al fin, de que era un animal, puesto que tenía un pulso que latía á la par del suyo, lo acostó con el mayor cuidado junto á una pequeña tortuga larga como una pieza de cinco francos y gruesa como la mitad de una nuez, que conservaba cuidadosamente en una caja, la cual por la riqueza de su incrustación en conchas, se adivinaba fácilmente haber formado parte de su tesoro particular; después, como satisfecho de la parte que se había apropiado, levantó la corbata, la camisa y el pantalón, y los puso generosamente á disposición de sus servidores.

Terminado el almuerzo, el Serpiente Negra, los hurones y el prisionero pasaron de la ballena á bordo de la piragua. El capitán Pánfilo vió entonces que los objetos llevados poco antes por los hurones eran: dos carabinas inglesas, cuatro botellas de aguardiente y un barril de pólvora; el Serpiente Negra, juzgando contrario á su dignidad de jefe el explotar por sí mismo la ballena que había matado, habíala cambiado con un comerciante en alcohol por municiones y armas.

En este momento, el habitante del cabo Bretón volvió á aparecer sobre la orilla acompañado

de cinco ó seis esclavos, metióse en una canoa más grande que la que había escogido para su primera visita, y de nuevo salió al mar. En el momento en que él abandonaba la orilla, el Serpiente Negra, por su parte, dió orden de abandonar la ballena, á fin de no inspirar ningún temor á su nuevo propietario. Entonces comenzó el aprendizaje del capitán Pánfilo. Un hurón, creyendo causarle embarazo, le puso un remo entre las manos; pero como él había pasado por todos los grados, desde el de grumete hasta el de capitán, se sirvió del instrumento con tanta fuerza, precisión y maña, que el Serpiente Negra, para demostrarle toda su satisfacción, le dió á besar el codo.

La misma tarde, el jefe hurón y su gente se detuvieron sobre una gran roca que se elevaba á alguna distancia de otra más pequeña, en medio del golfo de San Lorenzo. Los unos se ocuparon en seguida en colocar las tiendas de corteza de abedul que los salvajes de la América septentrional llevan constantemente consigo cuando van de viaje ó de caza: los otros se esparcieron alrededor de la roca y se pusieron á buscar, en las fragosidades, ostras, almejas, esquinós y otros productos marinos, de los que recogieron una cantidad tal, que, después de saciado el gran Serpiente Negra, quedó todavía para todo el mundo.

Terminada la cena, el jefe de los hurones se hizo llevar la caja en la que había encerrado el reloj, á fin de ver si le había ocurrido algún accidente. Cogiólo, como por la mañana, con la mayor delicadeza; pero, apenas lo tuvo entre las

manos, advirtió que su corazón había cesado de latir; lo llevó á su oído y no percibió ningún movimiento: entonces ensayó el reanimarlo con su soplo; pero, viendo que toda tentativa era inútil:

—Toma, dijo, devolviéndolo á su propietario con una expresión de profundo desdén; aquí tienes á tu animalito; está muerto.

El capitán Pánfilo, que tenía mucho aprecio á su reloj por ser regalo de su esposa, no se lo hizo decir dos veces, y pasó la cadena por su cuello, encantado de volver á entrar en posesión de su cronómetro, al que se guardó bien de darle cuerda.

Al nacer el día, abandonaron la roca y volvieron á hacerse á la mar, continuando su avance hacia occidente. Por la tarde desembarcaron en una aislada y pequeña ensenada de la isla Anticoste, y, al día siguiente, sobre las cuatro de la tarde, después de haber doblado el cabo Gasoée, desembocaron en el río San Lorenzo, que debían remontar hasta el lago Ontario, desde donde el gran jefe contaba ganar el lago Hurón, en cuyas orillas estaba situado su *wigwam*.

CAPÍTULO XI

De cómo el capitán Pánfilo remontó el río San Lorenzo durante cinco días, y escapó del Serpiente Negra al final del sexto.

Como hemos visto ya, el capitán Pánfilo había tomado su partido con más prontitud y resignación de la que podía esperarse de un hombre tan violento y tan absoluto. Y es que, gracias á las diferentes situaciones en que se había encontrado durante el curso de una vida de las más borrascosas y accidentadas, y de la que no hemos mostrado á nuestros lectores más que el lado brillante, habíase acostumbrado á las resoluciones prontas y decisivas; pero, como hemos dicho ya, viendo que no era el más fuerte, había sacado al instante mismo de su viejo fondo de filosofía, que tenía siempre de reserva para las grandes ocasiones, una resignación aparente, que engañó al Serpiente Negra á pesar de su astucia.

Hay que añadir, además, que el capitán Pánfilo, amante como era del grande arte de la

navegación, no dejaba de experimentar cierto placer por haber tenido ocasión de estudiar los grados á que este arte había llegado entre las naciones salvajes del alto Canadá.

La cubierta de la canoa en la que el capitán Pánfilo estaba embarcado, era de una madera muy fuerte, pero flexible y blanda, unida por piezas de corteza de abedul cosidas las unas á las otras y recubiertas sus costuras por un fuerte baño de brea. En cuanto al interior, estaba forrado con planchas de abeto muy delgadas, colocadas la una sobre la otra, como las tejas de un tejado.

Nuestro observador era demasiado imparcial para no hacer justicia á los obreros que habían construido el vehículo, gracias al cual era transportado, bien á su pesar, del septentrion al sur; con una sola seña, pero con seña de inteligente, había indicado que estaba satisfecho de la ligereza de la canoa; esta ligereza, en efecto, le daba dos ventajas inmensas: la primera de tomar la delantera (suponiendo un número igual de remeros), en menos de cinco minutos y á distancia considerable, á la canoa inglesa más fina y mejor construida; la segunda, puramente local, de ser fácilmente sacada á tierra y transportada con facilidad por dos hombres, cuando las corrientes de que el río está lleno fuerzan á los navegantes á seguir la orilla, algunas veces durante dos ó tres leguas. Es verdad, también, que estas dos ventajas son compensadas por un inconveniente: un solo movimiento falso la hace volcar al instante. Pero este inconveniente deja de serlo para hombres que, como los canadienses, viven

lo mismo en el agua que sobre la tierra; en cuanto al capitán Pánfilo, hemos visto ya que era de la familia de las focas y de la especie de los anfibios.

En la tarde del primer día de navegación interior, la barca se detuvo en una pequeña ensenada de la orilla derecha; la tripulación la sacó bien pronto á tierra y se preparó á pasar la noche sobre el suelo del Nuevo Brunswick.

Serpiente Negra había quedado tan contento de la inteligencia y docilidad de su nuevo servidor durante las cuarenta y ocho horas que habían pasado juntos, que después de haberle dejado, como la víspera, una parte muy considerable de su cena, le dió una piel de búfalo, á la que le quedaban todavía algunos pelos, para que le sirviera de colchón. En cuanto á cobertor, forzoso fué que el capitán Pánfilo se privara de él. Pero, como nuestros lectores recordarán, si tienen buena memoria, que nuestro naufrago llevaba por todo vestido una piel de castor que le cubría desde el pecho hasta la mitad de las piernas, no se extrañarán que tan digno negociante, acostumbrado como estaba á la temperatura de la Senegambia y del Congo, pasase la noche casi entera en cambiar de sitio la piel de castor, á fin de calentar sucesivamente las diferentes partes de su individuo; sin embargo, como toda cosa en este mundo tiene su lado bueno, su desvelo sirvióle para advertir que era, por parte de sus compañeros, objeto de una desconfianza asidua: á cada movimiento que hacía, por ligero que fuese, veía levantarse una cabeza y dos ojos, brillantes en la obscuridad como los de un lobo,

que se fijaban al instante en él. El capitán Pánfilo comprendió que estaba vigilado, y su prudencia se redobló.

Al día siguiente, de madrugada, los navegantes se pusieron en marcha; estaban todavía en aquella parte de la embocadura del río, tan ancho que parece un lago unido al mar. Nada se oponía á su marcha; la corriente era casi insensible; el viento, favorable ó contrario, hacía poca presa sobre la pequeña embarcación, y á cada lado se desarrollaba á sus ojos un paisaje sin limites, perdido en un horizonte azul, en medio del cual las casas aparecían como puntos blancos; de tiempo en tiempo, por entre las hondonadas del terreno donde la mirada perdida cesaba de distinguir cosa alguna, se percibía la cima nevada de algunas montañas pertenecientes á esa cadena que se extiende desde el cabo Gaspi al nacimiento del Ohio; pero la distancia era tan grande, que era imposible reconocer si aquella fugitiva aparición pertenecía al cielo ó á la tierra.

El día se pasó en medio de este espectáculo, al que el capitán Pánfilo parecía prestar una atención continua y conceder una admiración perfecta; sin embargo, este doble sentimiento, por poderoso que fuese, no le distrajo un solo instante de sus deberes de marinero; de suerte que el Serpiente Negra, doblemente lisonjeado por su buen gusto y su buen servicio, le pasó, en un momento de descanso, una pipa muy cargada, favor que el capitán apreció tanto más, por cuanto que se hallaba privado de este placer desde el momento en que Doble-Boca había en-

cendido su *quema gaznates* apagada durante la revuelta de *La Rochelana*. Al recibirla se inclinó en seguida, diciendo:

—¡El Serpiente Negra es un gran jefe!

Galantería á la que Serpiente Negra correspondió á su vez:

—El capitán Pánfilo es un fiel servidor.

La conversación quedó ahí, y cada cual se puso á fumar.

Por la noche se abordó á una isla, y la ceremonia de la cena pasó como de costumbre, y con general satisfacción.

Pero la noche precedente había dejado al capitán Pánfilo con la inquietud de encontrar un medio de combatir el frío, más intenso todavía, como es sabido, en una isla á flor de agua que en un continente poblado de árboles, cuando, dando vueltas á su piel de búfalo, encontró una manta de lana; decididamente, el Serpiente Negra era un amo bastante bueno, y si el capitán Pánfilo no hubiese abrigado otros propósitos para el porvenir, se hubiera probablemente quedado á su servicio; pero si bien se encontraba en una isla del río San Lorenzo, entre su colchón de piel de búfalo y su manta de lana, tenía la debilidad de preferir su cama á bordo de *La Rochelana*; sin embargo, por inferior que fuese su lecho momentáneo, el capitán durmió de un tirón hasta el día.

Á eso de las doce de la mañana del tercer día se comenzó á distinguir Quebec. El capitán Pánfilo tenía esperanzas de que el Serpiente Negra recalaría en esa ciudad, así que, tan pronto la columbró en las lejanías del horizonte, se puso

á remar con un ardor que le valió un suplemento notable de consideración en el espíritu del gran jefe, y que no le permitió prestar á la cascada de Montmorency toda la atención que ella merece. Pero se engañó en sus conjeturas; la barca pasó por delante del puerto, dobló el cabo del Diamante y fué á abordar frente á la cascada de la Chaudière.

Como quedaba aún bastante día, el capitán Pánfilo pudo admirar entonces aquel magnífico salto de agua que cae de una altura de ciento cincuenta pies con una anchura de doscientos sesenta, extendiéndose como una sábana de nieve sobre un tapiz de verdura, y á través de las orillas maravillosamente pobladas de árboles, en medio de las cuales, de trecho en trecho, elevanse masas de rocas, enseñando sus cabezas calvas y blancas como las cabezas de los ancianos. La cena y la noche se pasaron como de costumbre.

Al día siguiente, la barca fué puesta de nuevo á flote al rayar el alba; á pesar de su filosofía, el capitán Pánfilo empezó á experimentar alguna inquietud. No dejaba de pensar que, á medida que iba metiéndose en el interior de aquellas tierras, se alejaba de Marsella, y que su evasión se hacía más difícil; remaba con una indolencia que el gran jefe no había visto aún en él, pero que le perdonaba en gracia á sus antecedentes, cuando de repente sus ojos se fijaron en un punto del horizonte y su remo quedó inmóvil; de suerte que, como el marinero que estaba al lado opuesto al suyo continuaba remando, la canoa dió dos vueltas sobre sí misma.

—¿Qué ocurre? dijo Serpiente Negra levantándose del fondo de la barca donde estaba acostado y quitándose la pipa de la boca.

—Ocurre, respondió el capitán Pánfilo extendiendo la mano hacia el sur, que, ó yo no conozco nada de navegación, ó vamos á tener una tormenta un poco chusca.

—Y ¿dónde ve mi hermano la señal de que Dios haya dicho á la tempestad: «Sopla y destruye»?

—¡Pardiez! contestó el capitán, en esa nube negra como la tinta que se nos acerca.

—Mi hermano tiene ojos de topo, replicó el jefe; lo que él ve no es una nube.

—¡Farsante! dijo el capitán Pánfilo.

—El Serpiente Negra tiene ojos de águila, añadió el jefe; que el hombre blanco espere y juzgará.

En efecto: la pretendida nube avanzaba con una prontitud y una intensidad que el capitán no había notado jamás en ninguna nube verdadera, cualesquier que fuera el viento que la impeliese; al cabo de tres segundos, nuestro digno marino, por más confiado que fuera en su experiencia, acabó por dudar de sí mismo. Por fin, un minuto no habría transcurrido, cuando todas sus dudas fueron desvanecidas, y reconoció que Serpiente Negra tenía razón: la nube no era otra cosa que una bandada inmensa de palomas que emigraban hacia el norte.

En un principio, el capitán Pánfilo permaneció un instante sin creer en lo que veía; los pájaros producían un ruido tal y formaban una tal masa, que se hacía imposible creer que todas las

palomas del mundo reunidas pudiesen componer una nube parecida. El cielo, que al norte conservaba todavía su color azulado, estaba enteramente cubierto al sur, y más lejos de lo que la mirada podía abarcar, de una especie de sábana gris cuyas extremidades no se distinguían; bien pronto esa sábana, habiéndose tendido sobre el sol, interceptó los rayos del astro diurno al instante; de suerte que se hubiera creído un crepúsculo que avanzaba delante de los navegantes. Al momento, una especie de vanguardia, compuesta de algunos millares de aquellos animales, pasó por encima de la barca, llevada con una rapidez mágica; muy poco después, casi en seguida, el cuerpo de ejército la siguió, y el día desapareció como si el ala de la tempestad se hubiese desplegado entre el cielo y la tierra.

El capitán Pánfilo contemplaba aquel fenómeno con un asombro que tenía algo de estupor, mientras que los indios, al contrario, acostumbrados á ese espectáculo, que se renueva para ellos cada cinco ó seis años, lanzaban gritos de alegría y preparaban sus flechas á fin de aprovechar el maná alado que el Señor les enviaba. Por su parte, Serpiente Negra cargaba su fusil con una tranquilidad y una lentitud que probaban una convicción profunda acerca de la extensión de la nube viviente que pasaba sobre su cabeza; por fin la llevó á su hombro, y, sin tomarse el trabajo de apuntar, disparó; al instante mismo, una especie de abertura parecida á la de un hoyo, dejó pasar un rayo de sol que desapareció en seguida; una cincuentena de palomas, comprendidas en la circunferencia abarcada por

el plomo, cayó como una lluvia en la barca y á su alrededor; los indios las recogieron todas, hasta la última, con gran extrañeza del capitán Pánfilo, que no veía la razón de darse tan mal rato cuando, con uno ó dos disparos más, y sin tomarse el trabajo de desviarse á la derecha ó á la izquierda, la canoa podía recoger un número suficiente para el aprovisionamiento de la tripulación; pero, al volverse, vió que el jefe se había vuelto á acostar, puesto el arma á su lado y cogido de nuevo su larga pipa.

—¿El Serpiente Negra ha terminado ya su caza? preguntó el capitán Pánfilo.

—Serpiente Negra ha matado de un solo tiro todas las palomas que necesitaba para su cena y la de sus servidores: un hurón no es un hombre blanco para destruir inútilmente las criaturas del Gran Espíritu.

—¡Ah! exclamó el capitán Pánfilo hablando consigo mismo, eso no está mal razonado para un salvaje; pero yo no hubiera sentido ver hacer todavía tres ó cuatro boquetes en ese lienzo plumado que está tendido sobre nuestras cabezas, aunque no hubiera sido más que para estar seguro de que el sol está todavía en su sitio.

—Mira, y tranquilízate, advirtió el jefe extendiendo su mano hacia el sur.

En efecto, en el horizonte meridional una luz dorada empezaba á difundirse, mientras que, por lo contrario, volviéndose hacia el norte, se distinguía todo el paisaje sumido en la obscuridad; entonces la cabeza de la columna debía estar, por lo menos, cerca de la embocadura del río San Lorenzo. Había hecho por tanto, en un

cuarto de hora, el camino que la barca había recorrido en cuatro días. Por lo demás, la nube gris continuaba pasando como si los genios del polo la hubiesen empujado, mientras que la claridad, rápida en su curso como lo había sido la obscuridad, aumentaba á pasos agigantados, descendiendo á torrentes sobre las montañas, manando á chorros en los valles y extendiéndose sobre la superficie de los prados. Por fin, la retaguardia volante pasó como un vapor sobre el rostro del rey de los astros, que, al desaparecer el último velo, continuó sonriendo á la tierra.

Por bravo que fuese el capitán Pánfilo, y por poco peligro que viera en los fenómenos que acababa de presenciar, no había estado muy á su gusto durante el tiempo que duró aquella noche ficticia. De ahí que saludara con verdadera alegría la luz, empuñando de nuevo el remo y poniéndose á remar, mientras que los otros servidores del Serpiente Negra desplumaban las palomas que éste había derribado con su fusil y ellos con sus flechas.

Al día siguiente, la barca pasó por delante de Montreal como había pasado por frente á Quebec, sin que Serpiente Negra manifestase la menor intención de detenerse en la ciudad; hizo señas, por el contrario, á los remeros, y éstos avanzaron hacia la orilla derecha del río, habitada por una tribu de indios cochenegas, cuyo jefe, en cuclillas, y fumando en la orilla de aquél, cambió con Serpiente Negra algunas palabras en una lengua que el capitán no pudo comprender. Un cuarto de hora después se encontraron con las primeras corrientes; pero en lugar de tratar

de franquearlas con ayuda de los ganchos que al efecto llevaban en el fondo de la barca, el Serpiente Negra dió orden de abordar y saltó á tierra; el capitán Pánfilo le siguió. Los bateleros cargaron la canoa sobre sus hombros, la tripulación se convirtió en caravana y, en vez de remontar penosamente el río, siguió tranquilamente la ribera. Al cabo de dos horas, franqueadas ya las corrientes, la barca fué puesta á flote y voló de nuevo sobre la superficie del río.

Tres horas próximamente haría que bogaba así, cuando el capitán Pánfilo fué sacado de sus reflexiones por un grito de alegría que, á excepción del jefe, lanzaron á una sus compañeros de viaje. Esta exclamación habíala producido la vista de un nuevo espectáculo casi tan curioso como el de la víspera, con la sola diferencia de que esta vez el milagro, en lugar de ocurrir en los aires, se cumplía sobre el agua. Una bandada de ardillas negras emigraba á su vez del este al oeste, como las palomas habían emigrado la antevíspera del sur al norte, y atravesaba el río San Lorenzo en toda su longitud; sin duda, estaba reunida desde hacía algunos días en la orilla del río y esperaba un viento favorable, pues teniendo la corriente en aquel paraje cerca de cuatro millas de anchura, por buenos nadadores que sean esos animales, no hubieran podido franquearla sin la ayuda que Dios acababa de enviarles. En efecto: una encantadora brisa soplabá, desde hacía una hora, de las montañas de Boston y de Portland, de suerte que toda la flotilla se había echado al agua, con la cola en alto á guisa de vela, y atravesaba tranquilamen-

te el río viento en popa, no sirviéndose de sus patas más que lo estrictamente necesario para mantenerse en su dirección.

Como los salvajes son todavía más golosos de la carne de las ardillas que de la de las palomas, la tripulación se aprestó al momento á dar caza á los emigrantes, y el mismo gran jefe pareció no despreciar ese género de recreo. En su consecuencia, cogió una cerbatana, abrió una pequeña caja de corteza de abedul maravillosamente bordada con pelos de ante, y sacó una veintena de pequeñas flechas de dos pulgadas de largo y delgadas como un alambre, una de cuyas extremidades terminaba en aguda punta y la otra estaba guarnecida de un plumón de hojas de cardo de un grueso suficiente á llenar la capacidad del tubo por medio del cual debían ser lanzadas. Dos indios hicieron otro tanto, y otros dos fueron designados como remeros. En cuanto al capitán Pánfilo, tuvo, con el último indio, el encargo de recoger los muertos y extraer de sus cadáveres los pequeños instrumentos con ayuda de los cuales los indios les hacían pasar de la vida á la muerte. Al cabo de diez minutos la barca se encontró á tiro, y la caza comenzó.

El capitán Pánfilo estaba estupefacto: no había visto jamás una destreza igual; á treinta y cuarenta pasos, los indios hacían blanco en el animal en que se fijaban y casi siempre en el pecho, de manera que á los diez minutos, el río, en una circunferencia bastante extensa, se encontró cubierto de muertos y heridos; cuando hubo unos sesenta, poco más ó menos, tendidos sobre el campo de batalla, el Serpiente Negra, fiel á

sus principios, hizo seña de que cesara la carnicería. La orden fué obedecida por sus hombres con una sumisión que hubiese hecho honor á la disciplina de una escuadra prusiana, y los fugitivos que, esta vez, no creían tener bastantes patas y cola para escapar del peligro, ganaron presurosos la tierra, sin que los indios pensasen en perseguirlos.

Á pesar del corto tiempo que duró la caza, fué lo bastante para que una tormenta, que los indios no habían advertido, se amontonase en el cielo; de suerte que todavía estaba el capitán Pánfilo en la mitad de su faena, cuando tuvo necesidad de interrumpirla para tomar su parte en la maniobra; ésta no podía ser más sencilla, y consistía en remar los cuatro hacia tierra, donde Serpiente Negra confiaba abordar antes que el huracán hubiese estallado. Desgraciadamente, como hemos dicho, el viento soplabá de la orilla misma que era necesario alcanzar, y las olas se levantaban con tal rapidez, que al cabo de un instante hubiérase podido creer en alta mar.

Para colmo de dificultad, la noche sobrevino, y el río no fué iluminado más que por el resplandor de los relámpagos; la pequeña barca era arrastrada por la corriente como una cáscara de nuez, tan pronto á la cumbre de una gigantesca ola como precipitada en las profundidades del lecho del agitado río, de suerte que á cada instante estaba á punto de zozobrar. Sin embargo, se aproximaba á la orilla, y, á pesar de la obscuridad de la noche, comenzaba ya á percibirse parecida á una línea negra, cuando de

repente la canoa, lanzada con la rapidez de una flecha, descendió de lo alto de una ola sobre una roca, contra la que se estrelló como si hubiese sido de vidrio.

Entonces cada uno de sus tripulantes olvidó á sus compañeros para no ocuparse más que de sí y ganar tierra. El Serpiente Negra fué el que abordó el primero; en seguida frotó, uno contra otro, dos pedazos de madera seca y encendió un gran fuego, á fin de que sus compañeros pudiesen reunirse; esta precaución no fué inútil, y diez minutos después, guiada por el faro salvador, toda la tripulación, excepto el capitán Pánfilo, estaba reunida alrededor del gran jefe.

CAPÍTULO XII

De cómo el capitán Pánfilo pasó dos noches muy agitadas, la una en un árbol y la otra en una choza

PRIMERA NOCHE

Gracias al cuidado que nos hemos tomado en presentar á nuestros lectores al capitán Pánfilo como un nadador de primer orden, esperamos que no habrán experimentado una muy viva inquietud al verle caer al agua con sus compañeros de viaje; de todos modos nos apresuramos á tranquilizarles, diciéndoles que al cabo de diez minutos de una furiosa lucha con las embravecidas olas, ganó sano y salvo la orilla.

Apenas se hubo secado, operación que no fué muy larga, atendida la exigüidad del traje á que estaba reducido, distinguió la llama de la hoguera que el Serpiente Negra había encendido para reunir á sus camaradas. Su primer cuidado fué volver la espalda á aquella señal, y alejarse presurosamente de aquellos sitios.

Á pesar de los estimables cuidados que el gran